

Editorial *Alas*



*Biografías
del Cinema*

Precio: **1'25** pesetas



FUNDADOR Y DIRECTOR
RAMÓN SALA VERDAGUER
B A R C E L O N A

APARTADO 787 - TELÉFONO 70657

CENTRO DE REPARTO: SDA. GRAL. ESPAÑOLA - BARCELONA, 14-16 - BARCELONA

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA

Año II

Núm. 6

MANUEL LUNA

Biografía, anécdotas e interviú del gran artista de la pantalla, cuya prestancia y elegante porte le han colocado entre los más destacados valores de la cinematografía nacional.

Ilustraciones de sus grandes creaciones, entre las que destacan "AIXA" y "CARMEN" cuya protagonista es la primerísima estrella

IMPERIO ARGENTINA



BIBLIOTECA CINE NACIONAL

Precio: 2 ptas.

Molinos de viento	Ráptame usted
¡No quiero!... ¡No quiero!...	Tierra y cielo
La canción de Aixa	Jai-alay
Usted tiene ojos de mujer fatal	¿Quién me compra un lio?
El barbero de Sevilla	La alegría de la huerta
Carmen la de Triana	Sol de Valencia
Eran tres hermanas	Rinconcito madrileño
Suspiros de España	La Doloresa
Bohémios	Rumbo al Cairo
Don Floripondio	El octavo mandamiento
Los hijos de la noche	La reina mora
La última falla	La Millona
Los de Aragón	María de la O
Leyenda rota	Melodía del arrabal
El crimen de medianoche	En busca de una canción
Martingala	El difunto es un vivo
Alas de paz	

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Aparlado 787.—BARCELONA

A MODO DE PREÁMBULO

¿Quién desea otra...?

—¿Quiere usted, también, una dedicatoria?...

—Muy amable, don Manuel..., pero precisamente yo me aguardaba para aliviarle de estas agradables molestias.

—Agradecido de antemano. Usted dirá.

Iba yo a cruzar la calle de Balmes, cuando me apercebo de un grupo de bellas señoritas que llenaban la acera rodeando a un caballero, siendo imposible el continuar el camino sin bajar al arroyo.

Me fijó en el caballero y ¡ah! sorpresa. Era nada menos que el famoso y popular artista de la pantalla don Manuel Luna, al que desde hacía tiempo pensaba dedicarle una BIOGRAFIA en mi colección de EDITORIAL ALAS, y aguardaba una oportunidad para ello.

El tan admirado artista acertó a pasar por la calle de Balmes coincidiendo con la salida de clase de las señoritas que acuden a una muy conocida Academia, y allí fue Troya.

La primera de ellas que se apercebió de Manuel Luna, ni corta perezosa, le solicitó una frase y su firma en su álbum de notas. Luego otra compañera, ya vencido el temor de la primera demanda, solicitó otra dedicatoria

para ella, y luego, otra y otra, y otra, y así hasta varias docenas, que con toda galanura nuestro admirado artista apresuróse a complacer.

Encendí un pitillo y, junto al grupo de sus admiradoras, me determiné a aguardar que terminara el asedio. Gajes de la popularidad.

—Listo, pues. Ya ve usted, llevo aquí casi media hora firmando álbumes, cuadernos, blocs, libretas...; hasta una portera de ahí al lado ha venido para que le firmara un trozo de papel.

Le di mi tarjeta, a falta de que se me presentara, diciéndole:

—Servidor, aunque de un modo indirecto, también pertenezco a la cinematografía y por ello me he detenido, aparte el gusto de saludarle, para rogarle tuviera usted la gentileza de permitirme le dedicara un número de mi publicación *BIOGRAFIAS DEL CINEMA*, en las que tengo ya publicadas a las grandes figuras Imperio Argentina, Miguel Ligeró, Alfredo Mago, etc., etc., y a la que no puede faltar, pues le corresponde por derecho propio.

—Le agradezco su atención y desde luego acepto.

Un hombre que estaba junto a nosotros intercedió dirigiéndose a nuestro artista:

—Don Manuel, qué le parece, ¿puedo ya marcharme?

—Sí, hasta mañana.

—Es mi criado—aclará Luna—; hemos salido al mediodía del hotel, con el maletín, para ir a rodar a los estudios, pero una suspensión imprevista nos ha hecho perder la tarde. Si desea usted acompañarme, vuelvo al hotel.

—Si me lo permite, será un placer para mí.

Y así fuimos bajando por la calle de Bolmes

—Buena, usted dirá, pues, qué es lo que desea.

—Sencillamente, pues el día que usted desee, vendré a visitarle uno de mis literatos, el cual efectuará la entrevista. Unos instantes sólo de conversación, para atender la curiosidad de mis lectores, que son legión, y al mismo tiempo son también sus admiradores y admiradores. De este modo, como le decía, le aliviará en algo estas molestias callejeras, a las que ya estará usted acostumbrado.

—Sin pecar de inmodestia, debo decirle que en Madrid es algo que se aparta de lo corriente. Es un verdadero asedio, créalo usted.

—Me lo figuro.

A medida que íbamos hablando me fijaba detenidamente en nuestro artista y, en honor a la verdad, debo aclarar que me llevé una sorpresa agradable. En sus interpretaciones parece tener un gesto y aire casi altivo, y nada más lejos de la verdad. Es sumamente simpático, afable, y en muchos momentos una sonrisa optimista, alegre, florece en sus labios. Todo al revés de cómo aparece en la pantalla. Es curioso.

Este solo detalle demuestra su temperamento de artista.

Aparecer lo que no se es... éste es el problema del artista.

Y Luna lo ha conseguido.

—Yo no quisiera causarle extorsión, y si usted me lo permite, me despediré de usted hasta pronto, agradeciéndole su atención.

Con una franca sonrisa, me contestó:

—Al contrario. Me alegro de nuestro casual encuentro, y tendré mucho gusto en recibirles cuando gusten para darles unas fotografías y una charlita a propósito del Cine.

—Exacto, y esta entrevista será el preámbulo de la biografía que le vamos a dedicar.

—Lo encuentro muy original y sobre todo inesperado. ¿Desea venir a tomar algo al hotel? Voy a acabar de pasar la tarde leyendo.

—Agradecido por su amabilidad y mándeme siempre.

Un fuerte apretón de manos, y así dió comienzo esta biografía, que espero será de la gusta, bella lectora o simpático lector.

Febrero 1942.

En busca del actor

No es tan fácil como se cree entrevistarse con un actor de cine. Y cuando este actor, como en el caso presente, es uno de los que han logrado fama y su nombre se cotiza en el séptimo arte por sus cualidades excepcionales, la tarea es impropia y la realización de nuestro deseo está sujeta a múltiples complicaciones que nuestra perseverancia ha de vencer.

Siendo así, una entrevista con Manuel Luna no era empresa corta.

Yo sabía que el intérprete de «Morena Clara» alojábase en un gran hotel. Bien. Nada más sencillo que levantarse temprano y marchar al hotel. Era en las postrimerías del invierno, si no recuerdo mal, y el actor filmaba en Barcelona algunas escenas de «¡A mí la Legión!». Terminadas, había de salir para Marruecos, a fin de realizar los exteriores. Contaba con pocos días para verle y lograr algunos informes complementarios sobre su vida artística y alguna anécdota, que es a la entrevista lo que a un plato bien condimentado, la pimienta, que le hace más sabroso. La anécdota, a mayor abundamiento, es substancia que los lectores—¡eh, y las lectoras!, ¿verdad, amigo Luna?—habíanme de agradecer sobremanera.

En estas condiciones de preparación me trasladé al hotel.

—¿Don Manuel Luna?

—Don Manuel Luna ha salido a las nueve del hotel.

—Bien, ¿A qué hora viene a comer?

—No come aquí,

—¡Ah!

—Sólo duerme.

—¡Caramba, qué contrariedad!

En un momento la iniciación de mis propósitos fallaban. Y es que uno, en su ingenuidad, no cuenta con los inconvenientes que pueden surgir en las determinaciones que ha tomado. El camino no está sembrado de rosas, y al empezar a andarle, se tropieza con las primeras zarzas que nos impiden pisar con aquella seguridad que pretendíamos.

—¿Así, pues, estará trabajando?

—No, señor; su trabajo ha terminado en Barcelona.

—Ya. Y hasta que viene a descansar ya no vuelve al hotel—afirmé, anticipándome a la posible respuesta de mi interlocutor.

—No, señor; a eso de las dos, generalmente, pasa a recoger la correspondencia.

—Pues volveré a las dos.

¿Qué era aquello? ¿Cómo era posible que no trabajando, a las nueve de la mañana ya no estuviera en el hotel? Mi sorpresa no encontraba límites. ¿Me habrían engañado? Pero inmediatamente me acordé que era un actor de cine. Un actor de cine, si quiere conservarse, ha de hacer precisamente todo lo contrario que un actor que reduce su vida al marco de un escenario teatral. Su vida es tan opuesta—la suya, fuera de la ficción de su trabajo—que no halla punto semejante. Esa leyenda que sobre los actores—y las actrices, sobre todo—de la cinematografía ha creado la fantasía popular, consistente en que su existencia es una serie de francachelas y excursiones nocturnas donde se malgasta el dinero y la salud, es una de tantas invenciones que no se someten al más ligero análisis. El hecho de que Manuel Luna se hallase a hora tan temprana fuera del hotel se armonizaba con el horario de su vida de actor de la pantalla, cuyo trabajo, habiendo de aprovechar la luz del día, ha de hacerse agotando esta luz hasta lo inverosímil; y por otra

parte, que la vida higiénica, activa y ordenada exige de este comediante rompa definitivamente con la vieja costumbre de acostarse cuando apunta el día y levantarse, casi sin tiempo de comer, y acudir al ensayo.

En vano, pues, conseguí enterarme dónde estaría en aquellos momentos, y sumergíme en todo ese elemento ciudadano que madruga por gusto o por obligación.

Tampoco a las dos

A las dos menos cuarto estaba de nuevo en el hotel.

—¿Don Manuel Luna?

—El señor Luna no come en el hotel—me dijo un empleado que no era el que conocí por la mañana.

—Sin embargo—repuse—, creo que viene a las dos a buscar el correo.

—Algunas veces—. Si quiere usted esperar...

—Esperaré.

Algunas veces... Malo. No sé por qué presentí que otro fracaso se cernía sobre mis pretensiones. Además, estos sirvientes de los hoteles, con raras excepciones, son tan poco cordiales y expresivos... Parte de nuestra vida de relación depende de estos entes de categoría subalterna que amargados—pero endiosados a su modo—por el papel que desempeñan socialmente, el hecho de acercarse a ellos ya supone un baluarte que alcanzar. Sus contestaciones son terriblemente secas, sin dejar un resquicio de esperanza a un diálogo amable y comprensivo.

Dieron las dos y cuarto y el actor no se presentaba.

—Seguramente ya no viene.

—Seguramente.

Aquel hielo del empleado del hotel hacía que mi inquietud fuese mayor.

Me arriesgué a preguntar:

—¿Y dónde come?

—No sé...

Supuse que si lo sabía, pero que no quería declararlo. Era muy extraño que tratándose de persona tan conocida y que, indudablemente, en un momento dado podía tener, por su profesión, un aviso urgente, no hubiera dicho dónde se le hallaría con alguna probabilidad estando fuera del hotel. Insistí.

—¿Y aquí en el hotel no hay nadie que pueda informarme en qué restaurante acostumbra comer?

—Creo que no.

MI labor se iniciaba en condiciones que nadie envidiaría. A las tres abandoné el hotel, cuando seguramente el eminente actor estaría de sobremesa ya y yo, por mi afán de conversar con él, no había comido aún.

En la calle otra vez, me detuve calculando adónde dirigirme. ¡Ah! Al «Oro del Rin». El «Oro del Rin» es un café frecuentado por artistas de cine y de teatro. ¡Quién sabe! Veremos. Por probar, no perdía nada. Si no estaba allí, acaso alguno me orientaría. El café, lleno de gente, dificultaba un tanto mi radio visual. En aquel rincón había algunos amigos, cuyos nombres no cito, porque yo he venido a hablar de Manuel Luna, y al soslayo de él no pretendo hacer ni el más leve panegírico de nadie. Tanto es así que antes de encaminarme a aquel rincón abordé a un camarero.

—Oiga usted, ¿quiere decirme si conoce al señor Luna?

El camarero titubeó un momento.

—Sí, señor.

—¿No está en el café?

—Esta tarde no le he visto.

Aquel camarero no conocía a Manuel Luna. Me jugaría las pestañas. Es decir, si le conocía, pero a través de sus hijas, a quienes tantas veces piró nombrar al actor y algo le quedaba de la resonancia de su nombre. Decididamente me encaminé al rincón, y antes de llegar, detuve a otro camarero que cruzaba.

—¿Quién? ¿Manuel Luna?—Para éste, Manuel Luna era como de la familia—. Sí, ¿el de «Carmen la de Triana» dice usted?

—En efecto.

—Pues, no, señor; no está.

—¿Pero viene por aquí alguna tarde?

—Alguna le he visto: pero, claro, como en Barcelona para poco...

—Bien, bien; gracias.

Aquel camarero era un admirador. Se lo notó en el gesto, en los ojos que abría al interrogarle.

En «el rincón» mi suerte siguió adversa. Alguien apuntó algún lugar, no asegurándome que el éxito acompañaría mi gestión: dicho en honor suyo y en su afán de servirme, que yo agradecí cumplidamente, me advirtió:

—Tiene que darse prisa si quiere hablar con él, porque se va a Marruecos en seguida.

—Que se marcha, lo sé; ahora, que no sabía cuándo.

—Cuestión de dos o tres días nada más.

Sin sentirme, aproveché, dudando de dar cima a mi empresa, la sugerencia del primero. Dicon que el mundo es un pañuelo, pues Manuel Luna no estaba en esta punta. Resignándome, en fin, comencé a vagar por la ciudad, como el autor que no ha encontrado el protagonista de su obra. Andaba al azar, sin precisión, seguramente con torpeza y sin saber adónde encaminarme. Indudablemente, ciertos fracasos, los más triviales, muchas veces rompen el ritmo de nuestra vida, llevándonos al aibur de nuestros pasos indecisos.

A la mañana siguiente rompí con el protocolo del hotel, y sin detenerme en interrogatorios, cuyo resultado tenía previsto de antemano, pasé de largo por el «comptoir», atravesé el salón y me puse al habla con un señor cuya presencia me pareció «más razonable». Este señor, cuyo nombre lamentó no recordar en este instante, ofrecióse incondicionalmente en lo que dependiese de su parte. Hicéle partícipe de mi odisea en busca del desaparecido cincasta, mi pretensión de contar a los lectores el desarrollo de su vida ante la cámara. Aquel señor, ajeno a esta brega del reportaje, comprendió mis tribulaciones como si fuera del ofi-

cio, prometiéndome ayuda y protección. A la mañana siguiente comunicaría mis deseos al actor, solicitando de él, en beneficio mío, unos momentos. Porque hay que decir que aquella mañana ya había salido, como las anteriores, del hotel sin dejar rastro. Con este ofrecimiento mi vida hallaba un horizonte más tranquilo. Al cabo de unas horas, Manuel Luna y yo, vis a vis, charlaríamos comentando todo el accidente de su persecución y captura.

Así como el día antes renegaba de las desilusiones de esta profesión tan voluble y expuesta a los vaivenes de la casualidad, sólo ante la esperanza, sin duda realizable, del día que había de venir, se me figuraba que mi oficio, tan vilipendiado, tan execrado por gentes ajenas a él, las cuales consideran que ganarse la vida de este modo no representa como los demás —y aun más que los demás tantas veces— un esfuerzo digno de consideración y de respeto, era con todos sus inconvenientes y zozobras, agradable, y tenía —como todos también— su sensualidad y su emoción.

Considerando que pronto Manuel Luna se hallaría a mi lado departiendo, os juro que todas las otras preocupaciones de mi vida quedaban en segundo lugar.

A las nueve —era la tercera mañana— acudí por no sé cuántas veces al hotel.

—Hola, buenos días.

Mi «protector» enfrascábase sobre un libro tremendo, lleno de casillas, que iba llenando pacienzudamente. Tardó, distraído en su ocupación, en levantar los ojos; levantólos, por fin, y me miró unos instantes largamente, como quien hace un esfuerzo por recordar a la persona que lo habla.

—¡Ah, buenos días!

Luego siguió un silencio prolongado, angustiante, preñado de puntos suspensivos, como una interrogación tácita, en la cual me jugaba la suerte una vez más.

—¡Cuánto lo lamentó!—rampió a decir, como pidiendo una disculpa que yo no le exigía—; el señor Luna salió anoche para Madrid.

—Pero,,

—Yo no lo sabía. Es la vida que lleva. A buen seguro que ni él mismo estaba enterado, cuando nada me dijo al verme por la tarde.

—Claro—exclamé, invadido de rabia y sentimiento—. ¡Qué vamos a hacerlo!

—Creo—epuso, queriendo no darme todo por perdido y descanando, en su buena intención, abrir en mí una nueva esperanza problemática—que no tardará en volver a Barcelona. Está usted al cuidado.

—Sí, sí; lo estaré, pero he perdido una oportunidad. Buenos días, y muchas gracias por su interés, señor.

—De nada. Buenos días.

E hice mutis.

La ciudad me parecía abominable.

La esperanza otra vez. Con el artista

Ha corrido un mes desde aquellos días en que detrás de Manuel Luna pasó unas horas de inquietud. La vida cinematográfica, con raras variaciones, ha seguido su ruta, y la película española, fuera de contadas excepciones, continúa su curso monótono, sin que surja la cinta puramente cinematográfica. Las cosas son como son y no de otra manera. Tenemos mucho que aprender; mucho, y nos obstinamos, como la mula de la noria, en dar vueltas y no salir del mismo palo. No surge el artista español porque los realizadores —no el artista— no quieren convencerse que la psicología es un factor importantísimo en el arte.

De estos ligeros pareceres, que en modo alguno pretendo que tomen un aire dogmático, pues no tengo para hablar de estas cuestiones la suficiente preparación ni técnica, sino que me es suficiente mi derecho de simple espectador que paga su butaca, y la paga a buen precio, incluyendo con él mi derecho a opinar; decía, pues, que de estos pareceres se salvan media docena de artistas nacidos en España, que hol-

gadamente pueden ocupar un puesto donde haya buenos cineastas extranjeros.

Manuel Luna, que va a la cabeza de ese grupo, con ser tanto, tiene todavía un campo abierto para futuras experiencias. Es sobrio, se mueve dignamente ante la cámara, su dicción es irreprochable, posee aquella naturalidad tan difícil y que es, a mi entender, el primer factor, el más indispensable en un actor de cine y sin el cual el fracaso es inmediato.

Ahora está en Barcelona nuevamente filmando «Malvaloca». La casualidad me lo ha hecho conocer. La grata noticia se la debo a Antonio Vico, quien en una incidencia de nuestra conversación, estando en su cuarto de «Comedia» una de estas tardes, añadiendo que, como él, se hospedaba en el mismo hotel.

Y esta mañana abrilena, jocunda como un clavel rojo puesto en la solapa, he vuelto a salir en busca del artista, y hacia el mismo hotel donde en distintas ocasiones he tenido la ilusión de que me oyese.

Pero no he ido a las nueve como en ocasiones anteriores, sino a las once. Las nueve constituye en mi vida una hora «intransitable», antipática. Esa hora marca en mi existencia un signo fatídico, desde que he pretendido a su compás encontrar varias veces al actor.

—[En cambio, las once!]

Ahora comprendo el fondo cabalístico que encierran ciertos números para la fiebre del jugador. Yo nunca apuntaría al nueve, ni haría nada que pudiese sumar nueve unidades.

Espero un poco, delante del despacho del conserje. Un señor reclama su atención pidiendo unos informes. Tengo prisa. Este señor no acaba de inquirir, tomando apuntes.

—Perdone. ¿El señor Luna?

Una voz dice a mi espalda:

—El señor Luna está ahí enfrente tomando café. Ahora va a salir hacia el estudio.

Enfrente es la casa X, un restaurante. Cruzo la calzada

y, en efecto, de pie, ante el mostrador, el notable intérprete de tantas cintas nacionales está tomando una taza de café.

—¿Don Manuel Luna?

El artista vuélvese hacia mí y por su mirada pasa el fulgor de una sonrisa. Me tiende la mano y en ese primer saludo lo da todo. No hay nada comparable ni que me haya reconciliado con él, después de tantos momentos perdidos en su persecución, a este solo momento inicial de nuestro conocimiento.

—Veo—le digo—que no me puede usted dedicar unos minutos.

—Imposible. Ahora mismo tengo que marcharme. El estudio reclama mi presencia.

—Ya me lo han dicho.

—¿Qué desea de mí?

—Algunas declaraciones. Me envía Editorial «Alas», Imperio Argentina, Miguel Ligero, Alfredo Mayo y algún otro actor del celuloide han tenido la bondad de contarnos su biografía. Nos faltan otros, y entre ellos, como figura señera que no puede evadirse de este interrogatorio, usted.

Hay una pausa. Manuel Luna, sin abandonar su simpatía, ni su sonrisa —una sonrisa franca, leal, no tomada al recuerdo de ningún personaje llevado a la pantalla—, llena ese silencio pensando cuándo podríamos charlar.

Yo lo observo cómo calcula las obligaciones de su tiempo con el que pueda dedicarme.

Luego exclama:

—Pues mañana. Yo como siempre en este restaurante.

—¿Siempre?

—Desde que vengo a Barcelona.

—Como pregunté en el hotel...

—Pues en el hotel lo sabe todo el mundo.

¡Todo el mundo! El mundo del hotel es el conserje, el botones, la camarera, el mozo, personas todas para quienes un cliente —y un cliente llamado Manuel Luna, con una representación artística y social tan acusada— merece un

poco de atención. Todo este mundo debería saber que una visita al señor Luna pude ser para él de una trascendencia importantísima. Yo podría ser hasta un realizador, un hombre de negocios que le buscaba urgentemente para filmar una película. Y luego, cuesta tan poco ser servicial y ser atento... ¡Oh, «Figaro», qué razón tenías! Hoy, como en tu tiempo, existen esas personas desatentas que no se han convencido de lo bien que resulta ser sociable...

—¿Y a qué hora?—inquirí.

—Sobre las nueve y media; cuando termino de cenar.

Súbitamente recordé que tenía comprometida aquella hora.

—Es el caso—advertí—que mañana yo tengo una cita que no puedo dejar.

—Pues pasado. Yo siempre ceno aquí.

—Pues hasta pasado mañana por la noche, señor Luna.

—Adiós, amigo mío.

¿Quieren ustedes creer que aquella cita con el actor a las nueve y media de la noche no me satisfizo? Porque nuevamente las nueve, esa cifra fatal de abracadabra, volvía a interponerse en mi camino inexorable.

Pero yo no podía forzar las bromas del destino y accedí, como si me hubiera marcado la entrevista para las nueve, sin un minuto más.

Accedí y, no quiero negarlo, contento de haberle encontrado al cabo de tantas incertidumbres y pesquisas. De haberle encontrado y haber hallado un hombre diferente a como mi fantasía le creó.

Pero esto también tiene una razonable explicación, en la que mis lectoras pondrán su asentimiento. ¿No es verdad que vosotras, evocadoras de tantas figuras masculinas que voís en la pantalla, os figurabais a Luna un hombre adusto, seco, parco de palabras, incapaz de ser interesante para vuestros afanes y preferencias de mujer? No; si visto como vosotras le habéis visto y como yo lo he visto en el celuloide no podía sacarse otra impresión...

Para mí, Manuel Luna era el fiscal que vi en «Morena



La mirada penetrante y dominadora del primer galán MANUEL LUNA



MANUEL LUNA, en su creación de «Abdeslam», de **Alca.**

(Cifesa)



Amparito Rivelles y Mercedes Vecino con Manuel Luna en una de sus últimas producciones, **Los ladrones somos gente honrada**. (Cifesa)



Imperio Argentina y Manuel Luna en la grandiosa película **Carmen**
(Ufalma)



Estrellita Castro y Manuel Luna en **Torbellino**. (Cifesa)

MANUEL LUNA, en su creación
de Nobleza baturra.

(Cifesa)



Los millones de Polichinela.
MANUEL LUNA, con la señorita
Marta Santa-Olalla.

(Cifesa)



Clara», el Antonio Vargas Heredia de «Carmén la de Triana» y en general, en todos los tipos que tan acertadamente ha incorporado. Es aquí, en estas líneas, que sin entrar en el nervio de la biografía propiamente, sin apelar a la monotonía de: —Dígame, amigo Luna, cuando empezó usted... Bien... Y qué película... etc., etc., donde alienta uno de sus más interesantes datos biográficos.

Porque él, Manuel Luna en persona, es la antítesis del Manuel Luna admirado desde la butaca del cinema. Aquel fiscal duro de facciones, insobornable y rectilíneo, de una moral que no se rompe; ni aquel Antonio Vargas, estampa de torero que «no se lleva yav»; hombre de alma taciturna, moro enamorado que guarda en el corazón todas las tristezas de su raza y en sus ojos toda la melancolía del árabe de estirpe, no es, ni mucho menos, Manuel Luna visto en el primer plano de su vida, fuera del «plateau».

Luna es la cordialidad, la simpatía desbordante, la amabilidad sin fingimiento, el optimismo. Ni seco, ni adusto, ni parco de palabras, ni duro de facciones. No, no; al contrario. Os juro, lectoras, que no lo conocéis. Además... además... Luna, afortunadamente, huye de esas frases que su misma vulgaridad hace molestas. Por ejemplo: al despedirse de mí no me ha dicho esa lisonja estúpida y trivial: ¡Encantado!, que es la última fineza que hemos descubierto para demostrar que poseemos buena educación.

A las nueve y media

A las nueve y media, «como un clavo», dos noches después, comparecía en el restaurante X a verme con Luna, como estaba acordado. Al punto entendí que no era lugar, así que entré, de hablar el establecimiento que había elegido para vernos. Ni un sitio vacío. Los comensales, apretados, habían de reducirse considerablemente. La charla que íbamos a tener, sin ser muy complicada, necesitaba, sin

embargo, de cierta libertad, y la presencia de un desconocido no dejaría la expansión suficiente a las confidencias del actor. El mismo, indudablemente, no había contado con este inconveniente.

Tendí la mirada y no le vi. Pregunté:

—¿El señor Luna no ha venido a cenar?

—No ha venido aún.

No había ni dónde esperarle; ni un rincón, ni un ángulo. El restaurante estaba en ese momento del servicio en que no hay ni un minuto para distraerse dando explicaciones. Los camareros circulaban por entre las mesas sin poder atender otras preguntas que las obligadas a su cargo. La atmósfera estaba cargada de emanaciones culinarias, y a un hombre que ya había cenado —y si no lo hubiera hecho, peor seguramente— no le eran soportables.

Salí y, dando un paseo hasta la Rambla, regresé más tarde al restaurante. Un cuarto de hora. El actor en aquel tiempo había cenado y se marchaba. La fatalidad de la hora seguía burlándose de mí. Deshízose en excusas. Hablamos en la calle brevemente.

—Pues mire usted, mañana.

—¿Dónde?

—Aquí. Tomaremos juntos el aperitivo y charlaremos.

—Yo le ruego a usted...

—No, si tiene usted razón. Estoy verdaderamente avergonzado.

—No, no es para tanto, amigo Luna.

—Pues mañana; eso es.

Le vela impaciente.

—Mañana es domingo.

—¿Qué día mejor? Yo no trabajo y podemos hablar cumplidamente.

Nos separamos. La noche, primaveral, invitaba a andar por la calle, y antes de retirarme a descansar ascendí por la Rambla de Cataluña, que es vía de paz en medio de la urbe y tiene cierto encantamiento.

«Del día siguiente no pasaba—iba pensando—. El mundo se hundirá y quedaremos Manuel Luna y yo para contar a los habitantes de otro planeta su vida cineasta y la magnitud de la catástrofe.

Al otro día. De los procedimientos que hube de valirme para nuestra entrevista y conseguir lo que quería

Domingo. Y como día festivo, el sol, cumpliendo una obligación que olvida con frecuencia, lucía con un esplendor no acostumbrado en estos inciertos días abriños.

Sobre las doce, resnando mi estación «sinsombrerista» —perdonen el modo de expresarme— abandoné mi domicilio.

Por la calle, acariciadas por el sol, racimos de mujeres prematuramente veraniegas, los primeros excursionistas, cargadas las espaldas con vituallas, los pies calzados de alpargatas y en el semblante, después de una semana de labor, una sonrisa, triunfal, desafiante.

Más adelante, un grupo de otras muchachas que salen de la iglesia; en la mano el libro de oraciones, sobre los ojos el claro velo, que enmarca el rostro joven, aureolado de belleza.

Y gente dominguera, dentro de sus trajes domingueros; algunas un tanto molestas dentro de ellos, porque es prenda puesta pocas veces y está acabada de planchar, y tiene algo de rigidez que presta a la figura su embarazo.

Asomados a las terrazas de los bares, el parasitismo del día festivo deglutiendo «esas cosas» que abren las ganas de comer y el vermut o el vaso de cerveza.

¿Qué bien! Dentro de nada yo estaré asimismo en la compañía de Luna en el restaurante X, él tomando lo que quiera, yo gustando una copa de manzanilla sanluqueña, que es vino «que me va», sin tapa, porque la manzanilla, a mi entender, debe trasegarse sola para disfrutarla por completo.

¡Ah! Restaurante X. El actor no está sentado a la terraza. Entro. En la penumbra sólo veo algún mozo inactivo, un viejo encargado o cosa parecida, el dueño, a mi entender, y algún cliente que toma silencioso su aperitivo, en tanto lee «Solidaridad».

Me acerco al encargado, lanzándole la pregunta que ustedes ya conocen:

—No—responde—, no ha venido. Debe estar todavía en el hotel.

Voy al hotel.

—Pues no se ha levantado todavía.

¡Vaya, por Dios!

—¿Y si lo despertásemos?

El conserje, entonces, toma el auricular y comunica con su piso. Cuelga nuevamente.

—Me dice la camarera que ha dado orden que no lo despierten.

—Pues estábamos citados a esta hora.

—Sin duda se ha olvidado.

—No puede ser de otra manera.

Escribale unas líneas.

—Hágame el favor. Volveré más tarde. Hoy, pasó lo que pase, quiero verle.

Y con este convencimiento, ya sin inquietudes, porque mi determinación es absoluta, traspaso los umbrales del Regina.

Pase lo que pase. Para ello pondré a contribución mi voluntad, comeré rápidamente, tomaré café —de esto no prescindo— sin sentarme, y una hora más tarde estaré de nuevo en el hotel X.

Acaso la suerte me acompañe y esté aún en el hotel cuando yo llegue. Como rapidísimo; mi buena fortuna me depara un tranvía al salir y en unos minutos cátafe que atravieso la puerta del hotel.

—¿Está?—inquiero.

Debo echar lumbre por los ojos porque el empleado me mira sorprendido.

—Sí—contesta.

—¡Ah! Llámole ahora mismo; dígame usted que hemos de vernos cuando se acabe de vestir.

El empleado cumple mi deseo.

—Si quiere usted hablarle pase a la cabina. Pida usted el número 90.

—¿El 90? ¡Horror! ¿A que ese 9 lo estropea?

—¿Señor Luna?

—¿Quién?

Habla opacamente. Ha debido de levantarse hace muy poco, porque tiene la voz muy apagada.

—Yo.

—¿Usted? ¿Quién es usted?

—Un hombre con quien estaba citado esta mañana.

—¡Ya! Perdóne usted. Es que anoche estuve con Antofito Vico y me acosté...

—Tarde, lo supongo.

—¿Y cómo lo arreglamos?

—Sencillemente. Ahora subo, y en tanto que usted termina de vestirse, celebramos esa conversación. ¿No le parece?

—¡Hombre, no está mal!

—¡Pues a las tres! Subo al instante.

El ascensor. El botones, que al abandonarle —el ascensor— me dice:

—El 90 lo tiene usted en la última puerta del pasillo.

—Gracias.

Un golpecito en la puerta del 90, y Manuel Luna, en pijama, aparece.

—Perdóneme usted, pero es que así no me atrevía a recibirlo.

—¿Qué más da! Lo interesante es que hablemos.

La alcoba, amplia, confortable, presenta, como es lógico, el desarreglo consiguiente.

—¿Fuma usted?

—Sí, muchas gracias.

—Es que anoche... Este Antofito... Usted ya sabe lo

que pasa. Como se hospeda aquí... Se nos pasaron las horas en un vuelo; él hablando, contando cosas de la profesión... De cuando en cuando, alguna copa de un vino que guarda que es maravilloso... Yo, que sin ser gran bebedor no puedo olvidar que he nacido en tierra sevillana...

—¡Ah! Yo le créí a usted madrileño.

—Soy de Sevilla. ¡Pero quiero a Madrid!...

—Se lo agradece.

—¿Usted es madrileño?

—Sí, señor.

—Por muchos años. Pues como le digo, charlando por los codos vimos amanecer desde el balcón. Cuente usted que es muy difícil, por el trabajo que llevamos, encontrar un rato nuestro, para nosotros nada más. Así que cuando casualmente coincidimos en Barcelona u otra parte...

—Pues vayan ustedes a meter en la cabeza de la gente que ustedes trabajan más que nadie.

—Más. ¡Qué duda tiene! ¡Y qué trabajo! Agotador. En el teatro...

—¿Usted perteneció muchos años al teatro?

—Sí, bastantes. La última Compañía en la que actué fué en la de Carmen Díaz, en Sevilla.

—¿Antes de la guerra?

—En plena guerra.

—Ya.

—Separado de mi familia. Mi mujer y mi hijo en Madrid, creyendo que yo estaba más allá de la frontera...

—¿Es usted casado?

No sé por qué imaginé soltero a Manuel Luna.

—Y con un mozo tan alto como yo.

Luna se levanta. Sobre su mesilla de noche tiene dos retratos: el de su señora y de su hijo. Ella es una dama de aspecto distinguido, cuya belleza se queda mirando el artista unos segundos; el hijo, como dice, un mozo ya, moreno como el padre, con el pelo ondulado, de fuerte complexión.

—Figúrese que ya llevo bastante tiempo lejos de ellos.

—Los echará usted tan de menos...

—Y que soy hombre de mi hogar. En Madrid, fuera de una tertulia que unos amigos hacemos en el «Café Ibiza», no voy a ningún sitio. Mi casa, donde me hallo a mis anchas. Pues bien: en esa tertulia se habla de cine, pero no se hace crítica ninguna. Por eso voy a ella. Allí todo el mundo opina sin herir, sin atacar... Por la noche no salgo a ningún sitio.

—Y eso que la vida de Madrid...

—Pues a las nueve estoy, como usted ve, en pijama. Y, claro, que si salgo alguna noche, es con ellos.

—En esa situación, cuando está usted fuera de los suyos, su señora...

—Deseando que vuelva a reunirme con ellos, claro es. Es un poco celosa...

—No la culpe usted. Su profesión, amigo Luna, es peligrosa.

—Ni así tienes motivos. No, no; no tiene razón.

—Ponga usted después que los celos son un producto del cariño.

Estamos sentados a una mesa situada en medio de la estancia. El actor ha dejado ambas fotografías sobre ella y las dos imágenes le miran como aprobando sus palabras. Oyéndole hablar con aquel acento de sinceridad, se comprende que su señora no tenga razón, que todo sea simplemente producto del cariño. Porque un hombre que ve amanecer tras los cristales del balcón del hotel donde se hospeda en compañía de un amigo y algunas copas de buen vino, ese hombre es leal a su mujer.

Luego de una pausa le pregunto:

—¿Cuál fué la primera película que ha representado?

—Una muda. Era en los tiempos de los primeros tanteos del cine nacional.

—¿Y estaba bien?

—Qué voy a decirle... A mí... A mí no me gustaba, le faltó...

—¿Se titulaba?

—«Santa Isabel de Ceres».

Desde entonces ha llovido mucho. Ya de por sí la producción española ha ido caminando a pasos cortos; de manera que retrotrayéndonos al tiempo en que se produjese aquella cinta —de la que ya no recuerdo nada en absoluto— debemos pensar cómo estaría.

—¿Y la hablada?

—«Nobleza Baturra». Con ella inicié, se puede decir, mi profesión.

—Afortunada, debió usted añadir.

—No estoy descontento. Parece, por lo que amigos que nunca me engañaron, vinieron a decirme, que tuve algún acierto.

—Todos—argüi—. Ya entonces se acusaba en usted la seguridad de movimientos ante la presencia de la cámara, y eso ya era mucho en un actor que provenía del teatro, sin tiempo casi para darse cuenta del nuevo trabajo que emprendía. ¿Así, pues—añado—, le ha sido a usted relativamente fácil familiarizarse con la cámara?

—Sí, la cámara no me ha impresionado. Tuve suerte.

—La inteligencia, dirá usted.

—... De darme cuenta pronto de cómo había de moverme y conseguir un excelente resultado.

La cualidad de este hombre es la modestia. Estas líneas que van escritas a esa velocidad tan necesaria para retener toda la impresión de lo que me acaba de expresar, no recogen y no pueden perderse sobre consideraciones subalternas. Yo le oigo—le acabo de oír, le estoy oyendo aún—y unido a su simpatía va un grado de modestia que se descubre pocas veces en los artistas que tratamos. Le siento algún momento—y eso es natural—con afán de expresarme; aquí he estado muy bien, y creyendo que puedo llamarle jactancioso, se detiene, y un hombre que tiene fáciles medios de expresión, por la preocupación de que no le crea un petulante, titubea y deja incompletos los conceptos.

—¿Y qué película ha interpretado con más gusto?

—Esa: «Nobleza Baturra».

Pero agrega después:

—Me refiero a las que van estrenadas, tomando parte en ellas.

—Ah!

—Es un poco extraño que yo, sevillano, uno de los papeles que haya hecho, poniendo más en él, haya sido baturro, ¿no es verdad?

—Lo mismo pienso. Pero en otros ramos de la interpretación hay muchos precedentes. «La Verbena de la Paloma» es uno de ellos. Como sabe usted, Bretón era salmantino y supo interpretar maravillosamente con su música el alma de Madrid. Y lo que ha ocurrido en el caso concreto que se refiere a usted, que ha sabido usted asimilarse el alma aragonesa hasta tal punto que era un aragonés de cuerpo entero.

Encendemos otro cigarro y seguidamente vuelvo a preguntarle:

—¿Qué papeles le gusta a usted más interpretar?

Manuel Luna, que no esperaba la pregunta, se queda algo indeciso. Acaso formulada como acabo de hacer, no responda al verdadero sentido que he querido darle.

—He observado—aclaro—que en los repartos le reservan papeles demasiado serios para la edad que tiene usted y para su carácter, un poco equidistante de la gravedad de esos papeles.

—Tiene usted razón—arguye vivamente—. Yo no lo comprendo.

—Tampoco yo, ni aquel que cruza con usted media docena de palabras. Eso se debe al director de sus películas, o a sus directores, que no han sabido ver su carácter abierto y expresivo.

—Yo, la verdad—declara—, me agradecería hacer otras interpretaciones. Ahora mismo estoy interpretando un papel que tiene matices diferentes, del que hablaremos luego, y que es algo de lo que en adelante, en próximas películas, me gustaría repetir. Yo no soy un hombre sombrío.

—No, señor.

—Y creo que tengo más campo en este arte que el que me han asignado y del que no quieren que salga.

—Usted—afirmo—puede incorporar diversos tipos. La movilidad de su gesto, su simpatía... No, no me dé las gracias; yo no he venido aquí más que a decirle gratuitamente la verdad, y como no la cobro no estoy obligado sino a ella. Decía que su simpatía merece más campo de acción, y usted debe imponerse. Usted puede imponerse, mejor dicho. Píense, además, que el hecho de interpretar siempre el mismo tipo le ha de llevar, aunque no quiera, a amaneramientos de los que debe huir. Nana, nada; pida usted papeles y vaya creándolos y busque, en conclusión, nuevas creaciones interpretativas a su arte y el público lo estimará debidamente.

Me dice que sí, pero temo que su excesiva modestia le traicione. La modestia es una virtud, amigo Luna, que en arte no se paga. No sea usted modesto. Yo sé que esto que le aconsejo a usted es como si le exigiese por la fuerza que cambiase el color del pelo o que se volviera chato de repente, cosas ambas que no pueden hacerse, pero si usted, de algún modo, que a la hora de ahora no acierto a explicarle cómo lo habría de lograr, hiciera ver a sus directores estas verdades que le expongo desinteresada y lealmente, ganaría mucho en su carrera.

Recuerdo que al comunicarme con él desde la cabina, habíale pedido diez minutos de conversación, espacio de tiempo necesario a mi exigencia informativa. Llevo una hora con él y no hemos terminado; casi diría que no hemos empezado todavía. En estas entrevistas mido el tiempo según el ánimo de hablar que descubro en mi interlocutor. Sabía también, por propia declaración del cineasta, que a las cuatro tenía el compromiso de una fiesta, en la que se haría algo de arte con recitación de poesías, y me encontraba metido en un dilema: cortar una conversación tan agradable para mí o detenerle, haciendo retrasar una atención de su amistad, a lo que no había derecho.

En esta situación, le dije francamente:

—Amigo mío, le estoy a usted reteniendo más de lo

tratado, y usted no se ha vestido tan siquiera y le esperan a usted fuera de aquí.

El actor, sin dejarme acabar, me aseguró que iría más tarde, y que lejos de molestarle mi visita, podíamos charlar cuanto quisiera; es más, que lo tenía a mucho honor.

—En ese caso—continué—voy a hacerle a usted otra pregunta un poco complicada.

—No me asuste usted.

—Complicada, pero sencilla al mismo tiempo. Esta pregunta a un actor de cine, en otro sitio que en España, no sonaría mal. Aquí sí; porque aquí la vanidad siempre se interpone entre nosotros. En fin, allá va. Voy a vestirla un poco y las estralias que me lean no se enfaden.

—¡Ah! Se trata de ellas.

—De ellas, sí.

—¡Ah!

—De usted, no. Usted es hombre sin vanidad, amigo Luna. Bien. Es la siguiente, formulada con aclaraciones en el texto: Entre todas las artistas con quienes ha trabajado usted, ¿a cuál prefiere? Creo que esta contestación no implica desconsideración para ninguna, puesto que, como ellas, está usted en su perfectísimo derecho en escoger para las actuaciones de su arte aquella con la que encuentre más realizador su trabajo, por la psicología de la misma. No se trata, como su inteligencia ha de alcanzar, e insisto en esto para dejar bien delimitada la pregunta, de su condición de mujer, que nada cuenta, sino su temperamento como artista, que al trabajar unida a usted, ha de encontrar en usted la réplica emocional que crea más acorde y, por lo tanto, hacer su trabajo más alegre.

El actor guarda un silencio prolongado. Yo sé que la respuesta es sencillísima y que Luna la tiene a flor de labio. Pero consideraciones de orden íntimo, el temor de dañar susceptibilidades y torpes vanidades le detiene.

—Como digo—remacho los conceptos—, fuera de España esto es corriente. Se da el caso de artistas consagrados que como condición imponen al galán, y la dirección

pasa por él. Es indudable que el elegido disfruta de un nombre importante. Greta Garbo ha filmado, ahora no recuerdo qué película, en esas condiciones, sintiendo no recordar con qué actor. ¿Por qué en España, usted y cuantos con su autoridad indiscutible no han de hacer igual? Yo pienso que se ganaría mucho terreno de ese modo. ¿No lo cree así?

—Seguramente—dice—. Pero es tan difícil una declaración en ese aspecto...

—Difícil, no; molesta. Pero usted puede romper con la costumbre. Las estrellas que andan ante la pantalla bien o mal, no tienen por qué molestarse, amigo Luna. En concreto: ¿con qué artista trabajaría usted con más garantías, dígame?

—Con Imperio Argentina, sobre todas. ¿No sabe usted? «La Canción de Aixa», en Berlín, fué un éxito rotundo, apoteósico.

—Apoteósico por los aciertos de interpretación, naturalmente; porque ella halló en usted su complemento y usted en ella la artista deseada, y se movió ante la cámara mejor.

—Hay otra muchacha que ahora empieza—continúa acuciado por mis palabras precedentes—con quien me gustaría trabajar.

—¿Su nombre?

—Amparito Rivelles. Amparito, si no se malogra, tendrá triunfos muy grandes. Yo lo creo así.

—Y cree usted muy bien.

—Luego...

—No, ya son bastantes. Si añade alguna más, van a tratarle de insincero.

Ahí es nada.—Opino por mí cuenta—Imperio Argentina. ¿Nada menos? ¡Y nada más! Sin menoscabo del arte interpretativo de las otras estrellas españolas, ¿se ha dado en el Cine español otra mujer que aune más generales y diversidad de condiciones para triunfar en él que Imperio?

—No quería hablar en esta biografía más que de usted y esa preferencia por nuestra excelsa artista me obli-

ga a romper las normas que habíame trazado. ¿No está usted contento de haber protagonizado con ella «Carmen la de Triana»?

—Contentísimo.

—Fué uno de los mejores éxitos de usted dentro de la modalidad a que nos tiene acostumbrado. Junto a aquel torero, junto a aquel mozo de raza «caló», de alma triste y corazón apasionado, muerto por un loro una tarde de sol sobre la ardiente arena de la plaza, pasaba ella bullidora, fatal, con su rumorosa falda de volantes, con sus ojos brujos y hechizados, con su bolero y sus tacones golpeantes. ¡Qué bien estaba usted! ¡Y qué bien ella! ¡Imperio! Películas así necesitamos y no tanta comedia de ocasión. Guiones nuevos, debidos a verdaderos autores de guiones que no tengan ninguna relación con el teatro. ¿No le parece a usted?

Luna, como siempre, tarda en responder. Un exceso de delicadeza se lo impide. En cierto modo, a pesar de cuanto llevo dicho sobre él, este temor de no pasarse es inteligente. El, que puede opinar, prefiere quedarse corto en su opinión. Frente a esta postura, que yo reputo respetable, tenemos un sin fin de currinches ignorados, que así que se les presenta una ocasión, se les abre una columna en cualquier revista profesional y empiezan con una autoridad que nadie les concede a dar palos de ciego.

—Sí—concede al cabo—, se abusa mucho llevando a la pantalla asuntos de comedia. Por fuerza se ha de resentir, siguiendo ese procedimiento, el cine verdadero, el cine puro. No sé—prosigue luego de un silencio—qué se busca en la repetición de esa manía.

—A mi entender, es un negocio esencialmente crematístico. Para estos señores que capitalizan una cinta, la parte artística no cuenta. Les suena un título, que ha amparado un buen negocio teatral y se acogen a él sin discutirlo. Aparte de algo logrado en este género, lo demás es totalmente rechazable. No quiero nombrar fracasos debidos a esta manía de nuestros realizadores. ¿Para qué?

—Ya se irán curando—me asegura.

—Dios le oiga. Y ya que estamos en plan de modestos renovadores, y en mi afán de encontrar en usted nuevos modelos para su capacidad, ¿no ha pensado nunca en incorporar al celuloide alguna figura histórica española? Goya, por ejemplo?

Luna sonríe satisfecho. Sin duda evoca la imagen del gran pintor nacido en Fuendetodos.

Ahíno en mi sugerencia, por si vale.

—Usted posee, por todos sus rasgos fotogénicos, un gran parecido a don Francisco, a don Francisco en el apogeo de su fama, cuando pintaba a Carlos IV, a Pepe-Hillo, a la duquesa Cayetana, a Ramón de la Cruz... La vida de Goya, lo mismo la del artista que la del hombre, es formidable para llevarla a la pantalla. Viéndole a usted en la pantalla me lo he imaginado muchas veces, visto ahora en su compañía personal, me afianzo en la primera impresión, aumentada considerablemente. Recuerde a Goya, amigo Luna. Era adusto, y pasaba de aquella adustez rápidamente a una alegría arrolladora. Tenía en su carácter cambios esporádicos, que la movilidad de sus facciones, a lo que a usted, por lo que voy deduciendo, le interesa.

—Si yo—me dice—tuviera un capitalista para eso...

—Andará por ahí. Yo no creo que deje de existir, sino que está en alguna parte.

—Y lo estará, pero seguramente teme...

—A la estulticia, a la ignorancia. ¡Digalo! A perder su dinero, que quiere empujar, honradamente, en obras chirlas... Y, pasando a su trabajo actual, ¿está usted satisfecho?

—Sí. En «Malvaloca» tengo uno de esos papeles que me gustan: Salvador. Tiene los matices necesarios para que pueda lograr lo que deseo.

—Ultimamente no se ha dado usted punto de reposo.

—Ni tiempo para dedicárselo a lo mío. Terminado «Los ladrones somos gente honrada», los exteriores de «A mi la Legión!...»

—¿Duraron mucho?

—Calle usted ¡Un tiempo horroroso! Tempestades que no nos dejaban trabajar... Un mes en un trabajo que podía haber durado pocos días.

—Tengo entendido que ha sido muy accidentada la película.

—Bastante.

Me he puesto en pie.

—Bien, me marchó. He monopolizado mucho su atención. Pero una pregunta más, la última, y un cumplido que no quiero olvidar. ¿Qué da usted a las chicas de Madrid?

—¿Yo?

—Nada de modestias. Ya está bien. En Madrid tiene usted un gran partido entre las aficionadas a su arte; es usted, entre ellas, el actor popular y, por consiguiente, el que llena las salas de más elemento femenino.

Hace un gesto como queriendo hallar una disculpa a su popularidad, pero le falla.

—Sí, algo hay de eso. En Madrid tengo algún prestigio entre las chicas atacadas de la manía por el cine. Crea usted que no sé a qué se debe. En la calle se vuelven a mirarme; en el café me miran y me acharan. Me echaran, créalo.

—Sí, sí; lo creo... Y aquí parece que también... La anécdota que va al principio de estas líneas lo confirma. Por cierto que don Ramón Sala, mi editor y Gerente de «Alas», por mi conducto le suplica que le perdone no haya venido a visitarle. Ha salido para Madrid, a resolver asuntos de su negocio editorial, dejándome el encargo que le dé a usted un abrazo en nombre suyo.

—Dele usted las gracias. Estoy muy reconocido a él y a usted.

—Y a usted los dos, amigo Luna. ¿Hasta cuándo?

—Hasta siempre.

Es verdad. Nunca fué tan verdad en un artista ese; ¡hasta siempre! que ha sellado nuestra amistad inquebrantable.

—Adiós. Que las poesías de esa fiesta le sean a usted
leves.

—Muchas gracias.

Un apretón de manos cordialísimo y dos horas aproxi-
madamente de charlar con Manuel Luna.

¿Qué más puedo pedir?

JOSE RAYCADAS

Abril 1942.

EDICIONES BIBLIOTHECA FILMS

2 ptas. tomo

El bailarín pirata	La mujer sin alma
Margarita Gautier	El domino verde
Ritmo loco	Damas del teatro
Sigamos la flota	El detective y su compañera
Mama se casa	Señorita en desgracia
Los dos niños de París	Los defensores del crimen
Maria Estuardo	Una aventura de la Pompadour
Melodía de Broadway 1938	La última avanzada
Los dos pilletes	El poder invisible
Apuesta de amor	Melodía rota
La vuelta de Arsénio Lupin	Titanes del mar
Héctor Floramosca	Las vacaciones del juez Harvey
¿Es mi hijo?	Cupido sin memoria
Bajo el manto de la noche	Maria Ilona
El mundo a sus pies	Pasada Jamaica
Forja de hombres	El caso Vare
Sepultada en vida	Pygmalion
Una pareja invisible	La quimera de Hollywood

Alarma en el expreso

PREMIOS A

EDITORIAL «ALAS» - Apartado 107 - BARCELONA